

No. 69

Cuadernillo de Poesía Colombiana

Ediciones de

Universidad Pontificia Bolivariana

**LEOPOLDO
DE LA ROSA**

simonides libélt el roq antecala en sup cónmínimónat ómégua
sarnat y ashadéqacónat abahíltatíat sashónat y ámón cal ab

anuplat roq no ablat ánti ánti
médico abab la góntat ab ánti
ánti ánti ánti ánti ánti
ánti ánti ánti ánti ánti

ánti ánti ánti ánti ánti ánti
la ánti ánti ánti ánti ánti ánti
ánti ánti ánti ánti ánti ánti
ánti ánti ánti ánti ánti ánti
ánti ánti ánti ánti ánti ánti

Presentación

Por Jorge Montoya Toro

Como ese otro poeta transhumante que se llamó Porfirio Barba Jacob, también Leopoldo de la Rosa abandonó un día a Colombia para acogerse al abrigo de la amorosa tierra mexicana. Allí acaba de morir, bajo el cielo espléndido que cantara Porfirio, y añorando quizá el paisaje marino que de sus ojos pasaba a fulgar en la musical ondulación de sus versos.

Yo fui el cantor de una canción sombría
como el que un ronco océano me enseñó a cantar.
Mi corazón divina sed tenía,
y el agua acerba de la mar bebía,
y me embriagaba del horror del mar!

En esta estrofa de su "Canción del Mar", Leopoldo de la Rosa inicia el angustiado tono característico de su obra, cósmico en ocasiones, de sutil vena sentimental en otras. Pero a diferencia de Barba Jacob —y así lo hace notar Bernardo Restrepo Maya— "hay un consciente, un voluntario satanismo perceptible con ruda claridad a lo largo de la obra de Maín Ximénez, mientras que en la de Leopoldo suenan remotos coros celestiales".

El idioma lírico que despliega el poeta de Barranquilla tiene las bellas sonoridades del modernismo y busca también, como en otras modalidades de la poesía de su época, la medialuz melódica, el encantado ambiente de entresueño y penumbra que en otros "Nocturnos" como los suyos desdibujara intencionalmente el genio pictórico y musical del gran Rubén. Frente a la orquestación wagneriana de la mar abrumadora, la delicada corriente melódica de debu-

ssyano impresionismo que se adentra por la flébil anatomía de las cosas y produce tonalidades insospechadas y tenues.

En esa hora triste en que ninguna
música de ilusión al duelo calma:
hora meditabunda en que miramos
rota el áncora fúlgida del sueño
en los abismos pávidos del alma...

En esa hora de recogimiento interior, tan bellamente delineada por el poeta, Leopoldo de la Rosa abandona el tono prepotente de su canción del mar, para escuchar voces extrañas que atemperaron su amargura y teñían de una suave tristeza la música nostálgica en sus versos:

Suena tu voz en mi vida...

¡La pobre infanta, transida
de música e ilusión,

en la selva entenebrida

de un corazón!...

¡Tu voz, mi canción perdida!...

¡Ay mi canción!

Porque el cantor del mar fue también el insistente trovador de lejanas y misteriosas constelaciones amorosas. A diferencia de Barba Jacob, más inmenso en su propia angustia interior y conturbado por contradictorios sentimientos, el poeta de Barranquilla deja correr la nota amorosa por todo el territorio de su verso y reúne —en armónica veta expresiva— un vago sentimiento místico que hermana —misteriosa deidad— la poesía con el amor.

Vuelves, oh corazón que el duelo sella,
a la antigua, serena poesía
de amar en Dios y suspirar por ella.



CANCION DEL OTOÑO

Parque de Otoño: belleza mustia,
Crispase el alma, cual hoja seca.
Por las veredas, frías de angustia,
y aún bajo el triunfo de las auroras,
pasan, hilando diáfana rueca
recordativa, las viejas horas...

Hadas de antaño las viejas horas!...
No ara la frente pérfida arruga,
no hay gris cabello bajo el laurel.
La mariposa del alma mía
ha poco era dormida oruga...
Con todo, cruel
hielo de lenta melancolía
cunde en los gajos de mi laurel.

Triscando el flébil, áureo amaranto
de la abatida, yerta hojazón,
me siento errante, nota de un canto,
suelta y perdida de la canción.
Ya sin fulgores de ágil encanto;
ya sin romanzas en el laúd,
vaga sonrisa que sabe a llanto
lleva en sus labios la juventud.

Inhábil beso que no supiste
sellar el alma que a tí tendió!...
Cobarde paso que no seguiste
la blanda ruta por donde huyó!...

Tenaz delirio de poesía!
Al ver la hoja crispada y fría
que entre la fuente
su polvo lava,
la vida dice, reminiscente,
pensando en Ella: Yo la quería...
y en la que nunca nació del tiempo:
yo la esperaba.
Tenaz delirio de poesía!

Sutil Otoño que te deslizas
en los sigilos del corazón:
agitas urnas, vuelcas cenizas,
y hablas entonces, cauto y dolido,
cosas de amadas, cosas de olvido.
Cosas de sueños y de canción!

NOCTURNO XXI

Solo... Solo... Ninguna cosa humana
el alma mía trémula recibe.
Temblo del alma entre Natura arcana!

Deja el oscuro corazón que libe
en él, como en profundo vaso santo,
algún recuerdo que en los sueños vive.

Oigo en sus simas túrbidas un llanto,
como torrentes que su eterno abismo
puebla y asorda de sublime espanto...

Y el alma mía, atónita, en mí mismo,
sola... sola... Ninguna cosa humana,
ni el viejo amor que entre los sueños vive,
el alma mía trémula recibe...

Temblo del alma entre Natura arcana...!



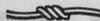
CANCION DE LO INVISIBLE

Tengo una novia dulce e imposible,
que por doquiera que mi afán camina,
su suave sien sobre mi sien inclina,
fantasma para todos invisible.

Sólo yo la contemplo: su inasible
rostro de niebla cándida reclina
en mi hombro, y me miran con divina
luz sus ojos de ópago intangible.

En el espejo junto a mí la veo.
Vuelve en mi libro la leída hoja
cuando en mis noches taciturno leo.

Y cuando el lloro mis mejillas moja,
su beso compasivo y sin deseo,
cual fresca flor sobre mi sien deshoja.



CANCION DEL MAR

Yo fui el cantor de una canción sombría,
que un ronco océano me enseñó a cantar.
Mi corazón divina sed tenía,
y el agua acerba de mi mar bebía,
y me embriagaba del horror del mar.

Cuando la torva tempestad raía
mi vela errátil de fatal negror,
ebrio del zumo de la mar bravía,
sobre mi nave rota me dormía,
soñando el sueño de un celeste amor.

Rayo iracundo de fragor broncíneo
rascaba el cielo como fosco tul
y yo veía, al resplandor fulmíneo,
tras mis pesados párpados, virgíneo
ángel querúbeo de mirada azul.

Hoy ya reposo de la mar felina;
cércame playa de desierto horror...
Dadme de nuevo aquella sed divina,
mi rota nave y mi canción marina,
mi tempestad y mi celeste amor...



NOCTURNO XIX

En esa hora triste en que ninguna
música de ilusión al duelo calma:
hora meditabunda en que miramos
rota el áncora fúlgida del sueño
en los abismos pávidos del alma;
en esa hora en que su oscuro ceño
frunce el destino torvo en la conciencia;
hora de penitencia,
de amargo recordar de amor risueño;
leve, tenue, brillante e inaudita,
en el lóbrego cielo del espíritu
abrese una dorada
brecha bajo la bóveda infinita;
y el alma aletargada,
a quien ninguna música conmueve
ni acaso llega el murmurar cercano,

rítmico y hondo de la vida breve;
de aquella brecha fúlgida suspensa,
en diva luz insólita bañada,
en célico silencio suspendida,
ni sueña inerte, ni enlutada piensa...
y mira allá, por la celeste herida!



V I A J A R

Viajar: Llevar el alma como en vuelos,
con apolíneas ansias, sobre montes
y océanos, bebiendo luz y cielos.
Y salvar horizontes... ¡y horizontes!

¡Y amar!, dejando en las humanas flores
polen de luz, y sepultar amores
y sueños sepultar, cual reyes muertos.

Seguir lo inmenso y perseguir lo puro,
y ser arpa doquiera y vaga flauta.
Cruzar el mar colérico, seguro
de Dios en la tormenta, como el nauta.

Y tener alas, alas sacudidas
del huracán, o, en céfiros llevadas,
y en leves nieblas de ilusión medidas;
en el jardín del silfo sosegadas,
y sobre el seno de la mar dormidas.

Y alguna tarde de marino encanto
escuchar el adiós que da la honda
voz del ayer... y unir un canto al canto
de la sirena que cruzó en la onda!

Y temblar, al recuerdo del olvido,
o gemir, al lamento
de un amor que en la playa quedó herido...
¡y ver la espuma sonreír al viento!

Y nacer sobre el mar y el pensamiento
un lucero encendido!



NOCTURNO XX

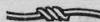
Mi ciudad, divina ciudad que está en mis sueños...
¡Cómo la mira el alma, distante y sonreída!
¡Cómo bajo los árboles de sus parques risueños
y en sus calles amadas se me aleja la vida...!

Cielo azul, cielo puro, cielo santo la engríe.
Y en su gracia, medita, y en su fuerza, batalla.
En su pan cotidiano la esperanza deslíe
clara miel venturosa.
En su sueño es un manso corazón que se acalla,
si en el cielo estrellado de la noche reposa.

¡Mi ciudad! ¡Mi ciudad...! ¡Cómo en tí reposara
esta fiebre angustiosa y este incierto vagar,
y en la plácida sombra de tus torres dejara
el pavor anheloso de este nunca llegar...!

El pavor de la vida que se escapa, cual vino
de una crátera rota, por el polvo disperso...
el pavor y el anhélito de sentir que el destino
va sangrando en mis plantas y va trunco en mi verso!

Mi ciudad: Yo sería por tus calles dormidas
un insomne, sereno, familiar pensamiento,
y en tus frescas ventanas, de buen sol enlucidas,
tu fraterno y seguro corazón, un momento...!



CANCION DEL AMOR IGNORADO

Me han roto en las trémulas manos
las alas de un ángel de amor.
Lo vieron amigos y hermanos;
sólo ella las alas no vió.

Del ángel la lumbre celeste
su alma y mi alma envolvió;
la luz de la cándida veste
mil veces entre ambos brilló...

Sólo Ella la sombra celeste
jamás a su lado sintió.

El mundo, al mirarnos, decía:
¡Qué aurora en sus frentes dejó
tal luz de ideal poesía,
que aún va destellando en el sol?

Parece que un ángel los guía!...
Sólo Ella en la luz, no veía
la clara sonrisa de Dios!

Oh sí; me dejaba sus manos,
sus manos fragantes de flor...

Oh sí; de sus labios galanos
bebía hechizante licor...

Oh sí; nunca fueron livianos
sus ojos de oscuro fulgor;
rendíanse siempre a mis manos
cual negros esclavos de amor...

Mas nunca la sombra celeste
jamás a su lado sintió
del ángel de cándida veste
que en nuestros silencios veló...



NOCTURNO VIII

Hondas angustias inefables
siente el espíritu venir:
horas de mal inconsolables,
vagos anhelos de morir...

Todo se va, todo lo pierdo.
Ni aún su magnética visión
de anciano lívido el recuerdo
prende al umbral del corazón...

La vida es fúnebre paisaje
y el alma en él es un sauz
tras cuyo lóbrego ramaje
alguien extingue alguna luz.

Sellada ojiva donde nadie
llama a un oculto morador,
sin que en sus ciegos vidrios radie
ninguna lámpara interior.

CANCION DE UNA VOZ

Suena tu voz en mi vida...
La pobre infanta, transida
de música e ilusión,
en la selva entenebrida
de un corazón!...
Tu voz, mi canción perdida!
Ay mi canción!

Tu voz en mi sér se aleja.
Y en negro fuego encendida
la selva del corazón!
Vieja
selva; manto en trizas
de loca devastación:
Carbón...
Carbón y cenizas!

Tu voz la canción amada,
ahogada
en cenizas y en carbón!...
Ah la canción!...



NOCTURNO XXVII

Vuelves, oh corazón que el duelo sella,
a la antigua, serena poesía
de amar en Dios y suspirar por ella.

Atrás quedó la lóbrega falsía
de un mundo triste que a Satán engríe:
atrás quedó la negra noche fría...

¿Quién estas mieles lípidas deslíe,
oh corazón, en tu mortuoria urna!
Silencio... Oh paz, oh luz: Ella sonríe!

¿Quimera...? Amor...? Nos ve la taciturna
estrella que conoce nuestras frentes.
Crece un lirio invisible en la nocturna
sombra, llena de mundos inocentes.

Oh paz...! Mi alma se hunde, sonrosada
de sus rosados labios sonrientes,
en el marino edén de su mirada...

Alma mía, despierta!
Te me has quedado muda.
En el lecho purpúreo de mi sangre
eres como una muerta,
blanca novia desnuda,

Alma mía:
De tu mudez inútil me querello
Alma mía: tú tienes
brazos, para guirnaldas en mi cuello,
y besos para rosas en mis sienas.

Alma mía, ¿qué sueñas?
¿Quién puso en tu blancura esas sedeñas
tristezas luminosas?...
Cuando los ojos abres, aún dormida,
tus pupilas fogosas
son soberbias pupilas rencorosas
de princesa abolida.

¿Y dónde fue tu imperio?
¿Sultana fuiste o trágica sirena
que atrajo con su límpido salterio
al agónico nauta
bajo la noche fúlgida y serena?...

¿Fuiste querube
o sortilega y férvida gitana...?
¿Fue tu opalino alcázar una nube,
o te vieron la noche y la mañana
vagar, siempre anhelante,
con la fosca y bohemia caravana,
por todos los caminos, siempre errante
y fugaz...? Alma arcana!

¿Dónde tu sueño comenzó y a dónde
acabará...? El alma no responde...
y, como en negra túnica,
en sus cabellos mi ansiedad se esconde,
eterna y única!

El alma no despierta,
y sueña siempre muda,
en el lecho purpúreo de mi sangre,
semejando una muerta,
blanca novia desnuda.

Camino solo, desolado.
camino tétrico, y en él
ladra un lebre! pavorizado
a un muerto y lúgubre corcel...

Oh, como virgen prisionera
la vida el sueño perderá!
Y el alma en mí duda y espera,
teme, se agita, viene y va...



LA CANCION OLVIDADA

La niña que viene a cantar
muy cerca, ¡tan cerca! de un mar.
¡Cuán dulce la niña morena
que viene a cantar
tan cerca de un lúgubre mar!

La triste sirena
ha tiempo dormida en el mar,
asoma a la espuma la fosca melena,
la ilusa canción de escuchar:
Canción olvidada que hechiza la pena
que mata a la triste sirena
dormida en el mar.

¡Cómo hasta los labios de néctar
que endulzan la trova serena
quisiera volar
la sola, la muda, la amarga sirena
que olvidó cantar!...

¡Al pie de la virgen que canta,
cuán dulce agonía!
El pie de la niña que sabe cantar,
el pie tan pequeño,
en última lágrima la muda sirena ahogaría
mejor que una estrella en el mar;
y al pie de la niña que canta,
la sorda garganta
feliz a la muerte daría,
mejor que romperla en el mar!



POESÍA

Oh cruel, cruel flor de poesía!
Cómo tan perfumada
te alzas bajo el sol santo!
Columpio de la leve visión hechizada
que en tí bebe la miel clara de la armonía
y la cálida perla, perla amarga, del llanto!

El mundo aspira en tu coro a misteriosa,
con un vaho de sangre, un hálito de rosa,
oh cruel, cruel flor de poesía!
Nadie ve las raíces que tu planta sombría
nutren con hez de humana
miseria, sólo el cáliz perfumado y aéreo,
hecho de ignota angustia vana,
y de aurora ideal y de misterio.

Mas yo sé que has brotado
punzando como espina
filtrando como lágrima,
rompiendo como dardo emponzoñado,
del ignorado
corazón mío, oh flor: flor asesina!

Mañana cuando muera,
sólo mi polvo lívido y disperso
agitará la nueva primavera
en tu cáliz lumínico, hechicera
divina flor del verso.

Mi herrante Psiquis, libre de cadena
de escorias, dolorida dirá al mundo,
que no cuidó de su armoniosa pena
y en el alma, abeja humana, que en tí libe
con mi néctar de luz hila tus mieles;
con mi veneno íntimo envenena:
mi bien y tu ponzoña al par recibe!...

¡En tanto bebe mis ocultas hieles
del corazón, oh flor, y vive: vive!